





**DESCONOCIDA
BUENOS AIRES**





LEANDRO VESCO

**DESCONOCIDA
BUENOS AIRES**

SECRETOS DE UNA PROVINCIA

 *Editorial El Ateneo*

Vesco, Leandro

Desconocida Buenos Aires / Leandro Vesco. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2018.

288 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-0987-8

1. Crónica de Viajes. 2. Turismo. 3. Naturaleza . I. Título.

CDD 338.4791

Desconocida Buenos Aires

© Leandro Vesco, 2018

Derechos exclusivos de edición en castellano para todo el mundo

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2018

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: noviembre de 2018

ISBN 978-950-02-0987-8

Impreso en Grupo Ilhsa S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en noviembre de 2018.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

ÍNDICE

PRÓLOGO..... 13

HISTORIAS EN LO PROFUNDO DEL MAPA

DON PEDRO, EL ÚLTIMO REPARTIDOR DE LECHE EN CARRETA ... 19

LÓPEZ LECUBE, SU IGLESIA Y SU ENFERMERA EN UN
MAR DE SOLEDAD..... 23

PEDRO MEIER, EL ÚNICO HABITANTE DE QUIÑIHUAL 29

ZACARÍAS SILVERA, EL DOMADOR DE LAS SIERRAS BONAERENSES.. 33

DANIEL MACCHIAROLI, UNO DE LOS ÚLTIMOS ARTESANOS
JUGUETEROS DEL PAÍS 37

LO DE LÁMARO, EL BOLICHERO QUE ATENDÍA A BORGES 41

EL SOLDADO QUE VOLVIÓ DE MALVINAS CON VIDA
GRACIAS A UNA CARTA..... 45

VELA, EL PUEBLO QUE SORIANO ELIGIÓ PARA ESCRIBIR..... 47

NÉLIDO MERIGGE, EL HOMBRE MÁS FELIZ DE LA ARGENTINA ... 53

MARTÍN FIERRO ESTÁ VIVO..... 57

FARO SEGUNDA BARRANCA 61

PABLO NOVAK, EL ÚLTIMO HABITANTE DE VILLA EPECUÉN..... 67

MARIÁPOLIS, LA CIUDADELA QUE SUEÑA CON UN MUNDO MEJOR...	73
SOLANET, EL PUEBLO DE GATO Y MANCHA	77
COSECHA DE TRUFAS EN ESPARTILLAR	81

ALDEAS MARÍTIMAS

VILLA 7 DE MARZO, LA ÚLTIMA PLAYA DE BUENOS AIRES	87
LA CHIQUITA, LA PLAYA DE LA SOLEDAD	91
PUNTA DESNUDEZ Y EL HOTEL DE LAS MIL Y UNA NOCHES	95
MAR DEL SUR, LA COSTA DE LOS HOTELES MISTERIOSOS, NAZIS Y FANTASMAS.	99
POCITOS, DONDE VIVEN LOS MEJORES OSTRAS DEL MUNDO	103
LOS ÁNGELES	107

LA HUELLA DE LA COCINA CRIOLLA

EL 4 ESQUINAS	115
ALMACÉN Y COMEDOR ADELA	119
EL PALENQUE, LA CATEDRAL DE LA MILANESA	123
VIEJO ALMACÉN PABLO ACOSTA	127
HOTEL RUTERO Y COMEDOR PEUMAYÉN	131
COMEDOR GRINGO VIEJO, DONDE SE PROTEGEN LOS SABORES ITALIANOS	135
TAMBO EL BALCÓN DEL ARROYO	139
RESTAURANTE WEIMANNHAUS, CUSTODIA DE LA TRADICIÓN ALEMANA	143

LOS PUEBLOS QUE SE QUEDARON SOLOS

ERIZE, EL PUEBLO QUE SE QUEDÓ CON UNA CALLE ASFALTADA. ...	149
PELICURÁ, EL PUEBLO QUE VIVE DE LOS RECUERDOS	155
MAPIS, EL PUEBLO DONDE UNA ESCUELA ILUMINA EL CAMINO..	159

RONDEAU, EL PUEBO QUE NO EXISTE	165
AZUCENA, EL PUEBO DONDE LAS MUJERES MANDAN	169
LA LARGA, EL PUEBO DE LOS SOLTEROS.....	173
MECHITA, EL PUEBO FERROVIARIO.....	179
LA RICA, EL PUEBO DEL AGUA BUENA	183
VÁSQUEZ, EL PUEBO PERFUMADO	187
SAN ADOLFO, EL PUEBO DE LAS CEBOLLAS.....	191
DENNEHY, EL MACONDO BONAERENSE.....	195
EL PENSAMIENTO, EL PUEBO SIN LUZ.....	201

LA RUTA DE LOS ÚLTIMOS ALMACENES Y PULPERÍAS

PULPERÍA DE CACHO	207
PULPERÍA LA ESQUINA DE ARGÚAS	211
VIEJO ALMACÉN LA MEDIA LUNA	219
ALMACÉN DOS NACIONES	217
ALMACÉN BELADRICH	223
ALMACÉN EL PORTEÑO	227
ALMACÉN LASARTE HERMANOS	231
ALMACÉN ZOPPICONI	235
PULPERÍA EL SESENTA.....	239
PULPERÍA ISLA SOLEDAD	243
CORREDOR DE ALMACENES LA PAZ.....	247

PUEBLOS CON LAS TRANQUERAS ABIERTAS

CURA MALAL, DONDE UNA PULPERÍA ES UN CENTRO CULTURAL ...	253
ROSAS, EL PUEBO DE LOS AROMAS.....	257
DUFAUR, EL PUEBO QUE SUS HABITANTES MUESTRAN EN UNA OBRA DE TEATRO	261
GASCÓN, EL PUEBO DE LOS MILAGROS	265

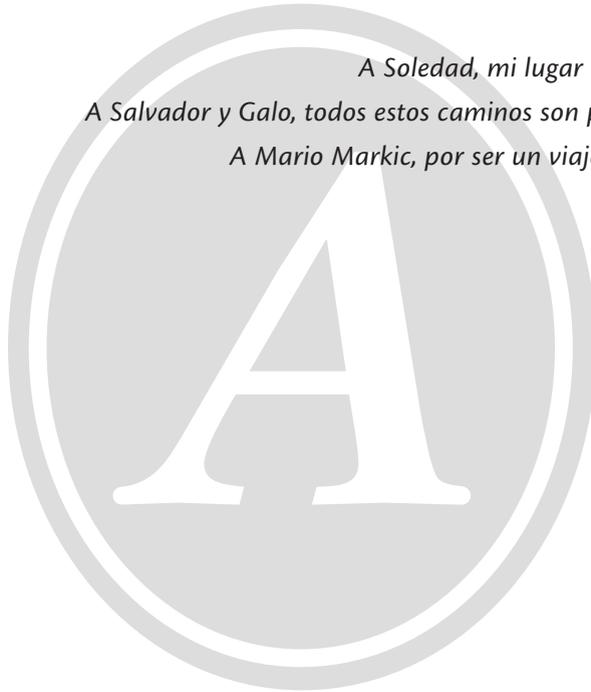
LA INVENCIBLE, DONDE LOS PAVOS REALES SE PASEAN SOLOS . . .	269
CERRO ÁSPERO, EL REFUGIO DE MONTAÑA MÁS ALTO.	273
SAN MAYOL	277
FARO, EL PUEBLO DE LOS CATORCE HABITANTES.	281



A Soledad, mi lugar en el mundo.

A Salvador y Galo, todos estos caminos son para ustedes.

A Mario Markic, por ser un viajero generoso.





PRÓLOGO

Si hay una región del país que necesitaba ser contada, es la provincia de Buenos Aires. Pero no los suburbios hacinados que abrazan a la Capital Federal, ni sus grandes ciudades, como Mar del Plata y Tandil.

Leandro Vesco esquivó la tentación de escribir sobre ellos y, en cambio, y por suerte, les puso música a los pueblos perdidos de la pampa infinita. Él es un periodista curioso y un viajero empedernido, con algo de psicólogo, de historiador y de analista social.

Por eso, sus relatos se adentran en esas historias humanas muy variadas, pero con un denominador común: interesantes, atractivas, que dan cuenta de pequeñas epopeyas, de batallas desiguales, angustias, soledades, pero también de hermosos raptos de felicidad. Nos hablan de pueblos que mueren y resucitan.

Vesco tiene una prosa elegante para relatar historias de calidad humana. En este libro necesario y entretenido, prueba que es un observador minucioso; habituado a escuchar, entiende y comprende el lenguaje codificado de sus personajes. En la pampa, se aloja en hoteles ruteros “a la criolla” y se anima, con entusiasmo de gourmet, a los impagables estofados de las antiguas pulperías, muchas reconvertidas en negocio turístico, pero sin bajar ninguna de las banderas de la antigua tradición. Acodado en sus mesas de madera, escudriña cómo discurre la vida en las aldeas mínimas.

De alguna manera, parece haber seguido el rastro de la histórica zanja de Alsina: muchas de sus historias se localizan allí, en la difusa

frontera entre Buenos Aires y La Pampa, en parajes solitarios donde todavía se menta a malones y fortines, todavía se da la mano para cerrar un trato, y donde todos sueñan con el regreso del tren. En el pasado, las redes familiares y comerciales se fortalecieron con las vías, la mayoría de ellas ahora tapadas por la maleza.

Es tan rico y variopinto el material de esta obra, que conviven los últimos sobrevivientes de ciertos pueblos, con jóvenes cruzados que se animan a “resetear” su vida en sitios impensados, y con fantasmas que parecen reales.

“Walter se alegra de verme. Nadie ha venido a visitar al pueblo en años”, escribe Leandro. En su peregrinar por caminos polvorientos, esos que quedaron al margen de la ruta troncal, descubre al único habitante de Quiñihual; otro personaje es un pulpero, pero fue el último custodio de Perón y su confidente a la hora de la muerte; el mínimo poblado de Espartillar esconde espectaculares campos de trufas negras, un plato de reyes que en Europa se paga dos mil euros el kilo. En Cura Malal habla con el gaucho que compartió malabares de circo con Norman Briski, y en Rivera, con el mago de los asados, que se autodefine como “el hombre más feliz de la Argentina”.

Vesco habla en clave sociológica: vivisecciona hombres, historias, hábitats y finalmente celebra, en esos caseríos condenados por la ausencia del tren, la resistencia de los vecinos. La pluma es ágil; las descripciones, certeras; los diálogos, a tono con los modos de la gente de campo que habla poco y dice mucho: “Aquí vivimos en la línea de frontera”, se ufana el almacenero del paraje Dos Naciones, y nuestro narrador remata: “Las sombras se alargan y el almacén enciende más luces. Es un faro, rodeado de pastos, polvo y alambrado”.

En la tradición de periodistas viajeros como Lobodón Garra, Roberto Payró o Rodolfo Walsh, invita al lector a completar el cuadro

que surge de su minuciosa exploración: en boca de sus criaturas está el antes, por lo general, idealizado, y el después, lleno de ausencias y olvidos, en una emocionante batalla contra la muerte.

Leandro Vesco tiene la virtud de transformar una historia ordinaria en un hecho extraordinario. Nos cuenta acerca de la auténtica encarnación de Martín Fierro, de un peluquero de la colonia judía de Rivera o del soldado de Malvinas que encontró el sentido de su vida muchos años después de la guerra, siguiendo la dirección de una carta que le escribió una niña, con quien han llegado a ser entrañables amigos en aquel pueblito.

Hay también un rescate culinario que da cuenta del proceso del queso en Sierra de la Ventana, investiga el bar de Vela donde Osvaldo Soriano imaginó sus novelas más celebradas, se regodea con la comida alemana en Coronel Suárez y recupera aromas que se filtran desde la cocina de los bares, de los almacenes, de las pulperías: todas las formas de la cocina casera lo remontan hacia otro tiempo con menos envase y más contenido.

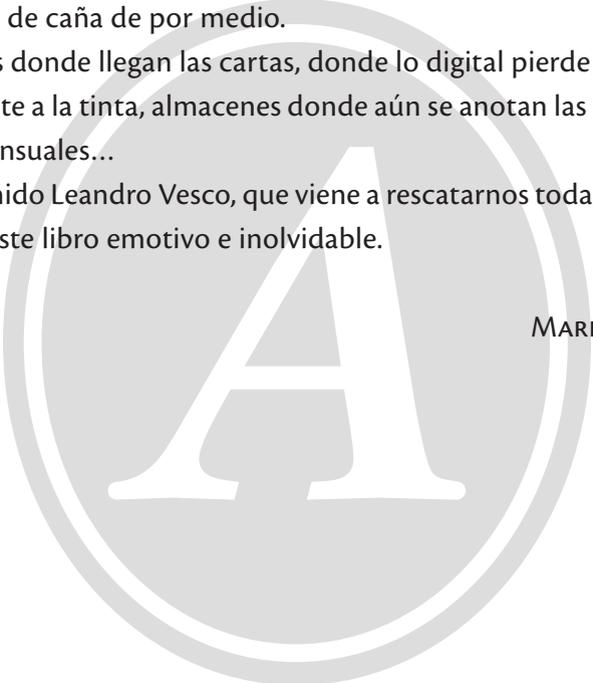
Su libro puede leerse de la forma que uno quiera; el resultado será siempre grato y enriquecedor. Algunos lectores que seguirán sus pasos, con un derrotero libre: hoy en los médanos vivos de Villarino y mañana escuchando al viejo sabio Zacarías Silvera, hombre que supo darle consejos a Leonardo Favio para entonar mejor sus canciones y que comió en La Rural a la mesa de Charles De Gaulle; un día descubriendo los hitos de la cocina criolla, otro asombrándose con los solitarios torreros que prenden y apagan la luz de los faros perdidos en la costa atlántica: "No todos los faros son iguales. Sus guiños a lo profundo del mar son personales de cada uno". Así, buscando el fin del arcoíris, aparece La Chiquita, una playa solitaria a la que se llega después de traquetear unos 70 kilómetros de ripio, con cuatro habitantes estables. "Como en la Luna, hay pocas huellas humanas".

Este primer libro de Vesco –al que le seguirán otros, sin dudas– abunda en personajes excéntricos y en sitios que parecen salidos de la ficción literaria.

Punta Desnudez es una aldea marítima romántica, pero Isla Soledad (en plena pampa) homenajea a las irredentas islas australes. Y Lo de Lámaro es el legendario almacén de Pardo, el pequeño pueblo donde se juntaban Borges y Bioy Casares para contarse sus confidencias botella de caña de por medio.

Pueblos donde llegan las cartas, donde lo digital pierde todavía la batalla frente a la tinta, almacenes donde aún se anotan las deudas en libretas mensuales...

Bienvenido Leandro Vesco, que viene a rescatarnos toda esa magia oculta en este libro emotivo e inolvidable.



MARIO MARKIC

HISTORIAS EN LO PROFUNDO DEL MAPA





DON PEDRO, EL ÚLTIMO REPARTIDOR DE LECHE EN CARRETA

Pedro Francisco es querido por todos en Hilario Ascasubi. Reparte leche desde que tiene diecisiete años, y siendo un hombre octogenario tiene una vida que él define como feliz. “Hago lo que quiero, tengo mis vacas, mi caballo, mi carreta, hijos, tierra y mi esposa”. Con los achaques propios de una vida curtida en los caminos salitrosos de Villarino, en el sur de la provincia de Buenos Aires, todos los días se levanta antes de que salga el sol, ordeña y se va a repartir leche en su carreta, que bautizó como su chacra: Rancho Alegre. Es el último repartidor de leche en este medio de transporte. Así como se hacía hace un siglo, así lo continúa haciendo. Ha alimentado a varias generaciones de vecinos que lo saludan cuando lo ven. Esta clase de personas hacen la historia de un pueblo.

Hilario Ascasubi es una localidad en el sur bonaerense. Sus calles son tranquilas y limpias, y la identidad del vecino se rige por el protocolo de los pueblos: todos se conocen y se saludan. Es una comunidad sana, en términos de trabajo y esfuerzo. Más allá de las casas, existe una tierra árida, acostumbrada a la sequía. Para poder sembrar, hubo que hacer canales aprovechando el agua del río Colorado, bendición para esta comarca. A 3 kilómetros de aquí vive Pedro Francisco, un personaje entrañable, de esos que, aunque son muy difíciles de hallar, afortunadamente todavía se pueden conocer a la vera de los caminos rurales, allí donde la vida nace todos los días con la maravilla del rayo del sol reflejado en la gota del rocío. En Ascasubi todos hablan de

Pedro, y muchos de los habitantes de esta localidad han crecido alimentados con la leche que reparte en forma tradicional. Su presencia se nota todos los días. Forma parte de la identidad de este pueblo que vive a las puertas de la Patagonia.

Nació el 12 de agosto de 1938 en San Germán, un poco más al norte. “Con mi familia nos trasladamos a Bahía Blanca, y ahí comencé a repartir leche; también hacía reparto de soda, y durante algún tiempo le llevaba algunas botellas a la casa de una jovencita que me gustaba. Un día la invité a salir y fuimos novios, y hoy es mi esposa, Elena”. Esta mujer es el sostén del lechero. No pasa una sola frase sin nombrarla. Ha tenido suerte en la vida, don Pedro, ha hallado el amor y también la felicidad en el trabajo. “Cuando vine a Ascasubi había dos o tres casas. Era una tierra seca, todavía no se habían hecho los canales del río Colorado. Entonces en un remate me compré tres vacas y empecé a ordeñar”. En el campo el trabajo está si uno tiene ganas de hacerlo. No hay mucha ciencia. “Tenía un pedazo de tierra y las vacas tenían donde pastar. Comencé a repartir leche en el pueblo. Y es lo que sigo haciendo desde entonces”.

Rancho Alegre es su chacra, el pedazo de tierra, como se dice. La hizo a fuerza de sacrificio, nadie le ha regalado nada. Sus manos han sido sus mejores herramientas. “Me despierto todos los días antes que salga el sol, a las seis ordeño las vacas y más o menos a las ocho salgo a repartir. Antes fraccionaba la leche en botellas, pero ahora la llevo en bidones. Es leche pura, sana, natural. Voy por todo el pueblo”. El reparto lo hace con su carreta, y es toda una declaración de principios. Don Pedro, como lo llaman, va feliz, tranquilo, nunca solo. “Lo tengo a Dorado, mi caballo, mi amigo fiel”. El pingo es una extensión de su alma y de sus pies. Ambos comparten la misma velocidad, a paso lento. “No tengo apuro, mis clientes son especiales y me esperan”. Cuando

Pedro se acerca al centro del pueblo, todo el mundo lo saluda; Pedro devuelve el gesto y hace su trabajo. Dorado sabe cuáles son las paradas, y se detiene con precisión.

En 2014 recibió el reconocimiento municipal. La placa que le dieron reza: “A Pedro Francisco, reconocimiento a su oficio de lechero, y por haber elegido a Hilario Ascasubi como su lugar para vivir”. Sin embargo, el bronce no lo obnubila. El contacto humano es lo que le produce felicidad. Con diez vacas ha creado su mundo y vive sin problemas. La leche que vende es un producto natural, sus vacas comen pastura. “No tiene nada que ver con la industrial, que es pura agua. La leche de vaca pura se puede tomar, y es ideal para hacer postres”, aconseja. Mientras tanto, se acerca el mediodía y su círculo se cierra. “Tengo nueve hijos, seis varones y tres mujeres; nos vemos seguido”. La vuelta a su rancho se hace con los ojos cerrados, Dorado sabe de memoria el camino.

“Si tuviera que elegir nuevamente una vida, elegiría la que hice, la que tengo. Soy feliz así, y creo que soy el último repartidor de leche en carreta”. Don Pedro lo afirma con humildad. Es solo un hombre que encontró la manera de vivir de una forma digna, aprovechando la tierra y los animales que viven de ella, a los que cuida como si fueran hijos. Todo Hilario Ascasubi lo quiere, es un monumento vivo que señala un rumbo que vale la pena seguir.